



Carta pastoral. Teresa y sus reliquias.

Nuestra vida en la Tierra es una peregrinación. Somos Iglesia, somos pueblo santo de Dios que camina hacia la eterna Gloria que el Padre nos ha preparado.

Así como el pueblo de Israel dejó la antigua tierra por medio de su éxodo, así también nosotros podemos dejar atrás el pecado en nuestro camino hacia la tierra prometida.

Jesús y sus santos están siempre con nosotros en esta peregrinación.

Y esto será para nosotros mucho más patente cuando, el próximo otoño, las reliquias de Santa Teresa del Niño Jesús, junto con las de sus padres canonizados, inicien una peregrinación por nuestros países escandinavos.

Ya en los primeros tiempos de la Iglesia se empezó a celebrar la Eucaristía sobre las tumbas de los mártires. Sus reliquias se convirtieron en un claro signo de que la salvación, a través de Dios hecho hombre, concierne a todo lo humano.

Somos hombres que vivimos en medio de la realidad que nos rodea, y como tales, dependemos en todo momento tanto de nuestro cuerpo como de las cosas materiales, las cuales nos ayudan a recibir la gracia de Dios que nos salva.

Como obispo vuestro es nuestra esperanza que esta peregrinación sea para muchos una ayuda para redescubrir la presencia amorosa y operativa de Dios en medio de nuestro mundo actual.

Teresa del Niño Jesús es una de las mujeres doctora de la Iglesia que han ayudado a incontables personas a recibir en sus vidas la misericordia paterna de Dios. Con su vida y sus escritos nos muestra de nuevo el mensaje central del Evangelio: que el Padre ha enviado a su Hijo unigénito para hacer de nosotros sus hijos amados.

Descubrir la filiación divina es la gran alegría del hombre que, en su debilidad y humildad, participa de ese gran don y dignidad, elevándolo hasta Dios en medio de las circunstancias ordinarias de la vida diaria.

Nuestra fragilidad no es un obstáculo en el camino: Dios ha enviado justamente a su Hijo a los débiles, frágiles y pecadores.



“Se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador, porque ha mirado la humildad de su esclava” (Lc 1:47-48), proclama la Virgen María en el canto del Magnificat.

El mensaje de Teresa es un eco de este canto, que la Iglesia repite cada tarde durante el rezo de las vísperas de la liturgia de las horas.

Como María, Teresa quiere enseñarnos a recorrer el “caminito”, el camino de las bienaventuranzas siguiendo de cerca a Jesús.

Por la gracia del bautismo compartimos con Jesús la íntima relación con el Padre, nos hacemos “hijos en el Hijo”, como dicen los Padres de la Iglesia, y nos podemos incorporar a la oración de Jesús y con él recibir las ternuras del Padre, si, verdadero amor materno.

Teresa sintió desde muy pronto un deseo de entregarse por completo a Dios y hacer todo por Él. En su familia recibió inmenso amor y cuidado. Su madre Celia murió pronto y esta pérdida supuso mucho para la pequeña niña, aun a pesar de que su padre Luis Martin era extremadamente cuidadoso con ella y sus hermanas. En la Virgen María encontró una nueva madre que le ayudó a encontrar su camino en la vida, pero debido a que era una niña con extrema sensibilidad, le costó mucho abandonarse enteramente en Dios y no quedarse atrapada en sus propios sufrimientos. Ella llama “la gracia de la Navidad” a la fuerza del Espíritu Santo que de repente le vino, logrando que se olvidase de ella misma y de sus problemas para confiar y esperar en la misericordia de Dios.

Teresa sintió muy pronto la llamada a ser monja carmelita. Ya a los quince años consiguió vencer todos los obstáculos que tenía, logrando ser recibida en el convento de Lisieux. En su corazón sentía una profunda llamada a hacer todo por Dios, pero no se dio por satisfecha con esta llamada, sino que en ella aumentaba la idea de que podía vivir en el corazón de la Iglesia que arde en amor a Jesús. Ahí se reúnen todas las llamadas y se elevan. Ahí ella podía llevar a cabo todas las inspiraciones que iba recibiendo y que no podía realizar por ella misma. De esta manera ella también nos puede ayudar hoy a descubrir la cara mística de la Iglesia. Ahí podía ella vivir como novia de Cristo totalmente unida a Cristo el Novio. Ahí podía el corazón de Cristo hablar sin interrupción a su corazón.

Teresa encontró su vocación contemplativa como carmelita en el corazón de la Iglesia, en donde podía vivir en continua oración pidiendo por la salvación de los hombres.

Por esto mismo fue proclamada como patrona de las misiones junto con San Francisco Javier, a pesar de que nunca dejó su convento. Pero con su oración y entrega a Cristo, Teresa inspiró a muchas personas a recibir el evangelio, a acercarse aún más a Cristo y seguirle con mayor dedicación.



En nuestro tiempo es importante intentar abrirse a esta profunda dimensión del misterio de la Iglesia. Algunos tienen el peligro de reducir la Iglesia a una simple institución u organización, o bien de quedarse anclados en un entendimiento ideológico de la Iglesia, ya sea desde un espíritu liberal o bien un espíritu tradicionalista. Teresa nos ayuda a entender que la Iglesia es nuestra madre en cuyo regazo aprendemos a vivir en continua oración y entrega a nuestro Padre del cielo. Teresa puede inspirarnos a ser más conscientes -y especialmente en nuestras tierras secularizadas- de que como católicos tenemos una gran responsabilidad de dar testimonio a todas aquellas personas que no se sienten amadas o valoradas. De dar testimonio de la verdadera realidad de la Iglesia: una madre llena de amor.

Durante su corta vida en el convento carmelita de Lisieux Teresa vivió una intensa vida espiritual. Pero el sufrimiento es algo que nunca falta. Pronto contrajo la tuberculosis a la vez que pasó por una noche oscura del alma. Durante su último periodo de vida llegó a perder la vivencia emocional de la fe. De repente fue como una luz que se apaga y Dios desapareció. Sin embargo, entendió este vacío como una gracia que le unía aún más profundamente con Jesús en su desdicha y sufrimiento por nuestra salvación. Experimentó la situación de los que niegan a Dios y tuvo que pasar por ese trago amargo. Vio claramente esta noche oscura de abandono de Dios como un representante solidario de aquellos que dicen que no pueden creer en Dios. De esta manera se ha convertido en ayuda de muchos para que descubran la íntima realidad de la fe que, más que el deseo de entrega, consiste en el sentido de la vivencia.

“Yo no muero, entro en la vida”, dijo Teresa cuando se acercaba el final de su vida aquí en la tierra. La auténtica y verdadera vida nos espera en la eterna bienaventurada contemplación. Entonces podremos contemplar a Dios como Él es. Entonces podremos vivir en una continua adoración y alabanza.

Asimismo, Teresa era consciente de la misión que los ángeles y los santos tienen para con los que vivimos en la tierra. Ella misma decía: “¡Yo volveré!”. Ella quería continuar haciendo el bien en la tierra incluso desde el cielo.

Muchas personas procedentes de medios sociales muy diferentes han podido experimentar su intercesión, frecuentemente con gracias muy concretas. Ella habla de una “lluvia de rosas” y por eso frecuentemente se la representa con una brazada de rosas en el regazo, queriendo procurarnos también a nosotros la gracia paternal de Dios y su bondad. En medio de nuestra vida frecuentemente podemos experimentar la presencia de Dios y el cuidado que nos tiene en medio de los pequeños detalles y en las cosas sencillas que llenan nuestra jornada. Teresa nos habla del “caminito” en el que podemos recibir la gracia abundante de la que Jesucristo constantemente quiere hacernos partícipes.



Este peregrinaje de las reliquias de Teresa y sus padres hacia nosotros lo podemos entender como una expresión visible y corporal de la infinita misericordia de Dios con su pueblo. Además, puede ser una ocasión en la que Dios nos recuerde nuestra vocación: dejarnos convertir mediante la gracia de Dios en otros Cristos. De esta manera podremos difundir el mensaje del Evangelio a todos aquellos con los que nos crucemos en nuestra peregrinación terrena.

El hecho de que Teresa venga aquí con sus padres nos recuerda también el inmenso significado de la familia: ella creció en una familia profundamente creyente y fue ahí donde recibió el don de la fe y de su vocación. Recemos para que esta peregrinación sea una bendición para todas nuestras familias. Que Teresa y sus padres nos ayuden a todos nosotros a abrirnos al amor del Padre para que con la ayuda del Espíritu Santo nos convirtamos en fieles seguidores de Jesucristo. Entonces seremos fidedignos testigos suyos y podremos comunicar nuestra fe. Hay mucha gente en nuestras tierras que, consciente o inconscientemente, esperan el anuncio del mensaje de la infinita misericordia de Dios y de nuestra dignidad de ser sus hijos amadísimos.

2 de septiembre de 2018

Biskop Czesław Kozon

Ordförande NBK, Biskop av Köpenhamn

Anders Kardinal Arborelius OCD

Biskop av Stockholm

Biskop Bernt Eidsvig Can. Reg.

Biskop av Oslo

Apostolisk Administrator av Trondheim

Biskop Teemu Sippo SCJ

Biskop av Helsinki

Biskop Davíð B. Tencer OFMCap

Biskop av Reykjavík

Biskop Berislav Grgic

Biskop Prelat av Tromsø

Biskop Gerhard Schwenzer SS. CC.

Biskop emeritus Oslo